Día 17

SALMO 9

«En ti confían los que conocen tu nombre,
porque tú, Señor, jamás abandonas a los que te buscan»
(Sal. 9:10).

Mi pequeño de menos de dos años puede arrojarse desde el sofá de la sala con una enorme sonrisa en el rostro y sin temor. No lo hace porque caer no duela, o porque domine el uso de sus piernas (sigue cayéndose con bastante frecuencia cuando corre). Él se arroja desde el sofá con confianza porque sabe que su papá está cerca. Extiende sus brazos y pega un brinco con la convicción de que será recibido en los brazos de su padre.

Mi pequeño confía. Sabe que su papá es fuerte para sostenerlo. Sabe que su papá está atento y no lo dejará caer. Un niño confía en su padre porque conoce a su padre.

¿Será que nosotros conocemos al nuestro?

Nuestro Padre es el Señor del universo. Él tiene cuidado y control. Él «reina por siempre» (v. 7). Él conduce todas las cosas hacia donde deben ir. Él «juzgará al mundo con justicia» (v. 8). Dios no necesita nuestra ayuda. Él es bueno y soberano.

En medio del dolor, podemos levantar nuestro clamor hacia el Señor. Pero este clamor no es un clamor sin esperanza. La oración de los redimidos es una oración llena de confianza, porque hemos conocido a nuestro Dios. Conocemos Su poder, conocemos Su bondad. Sabemos que Él es «refugio de los oprimidos; es su baluarte en momentos de angustia» (v. 9). Sabemos que el pecado y la muerte no tienen la última palabra. Cuando contemplamos a Dios en medio del dolor y la incertidumbre, podemos adorar porque

conocemos a Aquel que ha vencido. Él no se quedó mirando la injusticia desde Su trono; en el tiempo perfecto, Él descendió y cargó la injusticia sobre Su cuerpo. Él fue molido por los impíos para que pudiéramos ser contados entre los justos.

Este es el Dios a quien adoramos. Este es el Dios en quien confiamos.

Los tiempos difíciles nos recuerdan que no confiamos en Dios porque tenemos comodidades terrenales. No descansamos en nuestra salud, nuestras finanzas, o nuestros gobiernos. Tenemos la seguridad de algo muchísimo mejor. Si el desastre o la tiranía humana nos arrebata todas las cosas, lo más importante permanece. Incluso las mejores partes de este mundo quebrantado son solo un vistazo de la gloria que nos espera en la eternidad. En el tiempo de escasez podemos colocar nuestra mirada en nuestro mayor tesoro —nuestro Salvador— y depositar nuestra confianza en Él.

Cada mañana, llevemos nuestra alma a mirar a Aquel que fue abandonado para que los suyos no fueran abandonados jamás. Al contemplarlo, no podremos evitar irrumpir en adoración a Su nombre. Él es digno. Él tiene el control. Él juzga con justicia. Él es bueno. Él es Dios.

El Señor del universo promete que no nos dejará caer. Corramos a sus brazos.